



LA  
IGLESIA DEL SUSTO

I

Entre las diversas enseñanzas que recuerda la historia de la manzana de San Telmo, no es la menos digna de recoger la de cómo aun deleznales sentimientos suelen producir resultados benéficos. Ocasiones hay que hasta de los males que nos afligen se extrae algún bien, cual de las negras entrañas del carbón brillantes que deslumbran. No creemos sea permitido hacer matar toreros por caridad, como no ha mucho en la plaza del Retiro, ni que loterías, bien sean de beneficencia, conviertan en jugadores á vagabundos ú ociosos; pero verdad es que del temor á un naufragio surgió la iglesia de nuestro cuento, la de Bernardinas en Salta y otras muchas iglesias votivas.

Ya por los años de 1605 señalóse esa alta barranca para hospital, y desde el de San Martín hasta el actual Patronato de la Infancia, en las transformaciones de la misma manzana hubo sucesivamente: cuna y escuela, taller de obreros, capilla, iglesia, residencia de novicios, hospicio, beaterio, manicomio, escuela de Medicina, sala de autopsias, cementerio, cárcel de menores, de mujeres, correccional y fábrica de cañones en el mismo lugar donde hoy juegan los niños sin madre.

Mal consejero es el miedo; pero lejos, muy lejos nos llevarían las deducciones de todo lo bueno á que ha dado margen.

Fué el «San Telmo» uno de los más fuertes bergantines de la matrícula de Sevilla, que á los ochenta días de zarpar del puerto (Sanlúcar de Barrameda), recia pamperada luchaba por estrellarlo sobre las breñas del Brasil.

Tres días sin comer ni dormir no eran los menores sufrimientos del pasajero de cámara, pero sí mayores las tormentas del alma, que le enflaquecían más que el prolongado ayuno.

La verdad es que tenía de qué asustarse ese devoto de la Virgen cuando en su barco ensanchábase vía de agua durante la más hermosa tempestad: el palo trinquete caía astillado por un rayo, y el mayor seguía gimiendo al blandirse, amenazando quedar en dos, ó en medio palo. En lo crítico de la tempestad, mandó el capitán aligerar la nave, echando carga al mar, y al ir á arrojar el cajón de una imagen de talla, su dueño, abrazado á ella, pidió que no lo hicieran. Desesperado en su aflicción, rogaba á la Virgen de Betlem, á Nuestra Señora del Socorro, protectora de navegantes, á la Candelaria, á San Telmo, y encomendándose á todos los santos del cielo, hizo voto de construir iglesia si salvaba de tan inminente peligro. Poco á poco, empezando á serenarse su espíritu y el mar, divisó en lo alto del mástil ese luminoso meteoro eléctrico que corona de resplandores intermitentes las puntas más elevadas, llamado por los marinos *fuegos de San Telmo*, y que antiguamente creíanse los espíritus de Cástor y Pólux bajando alrededor de las naves.

Sólo una formaron por mucho tiempo las manzanas entre las calles Defensa, San Juan, Colón y Comercio. El primitivo hospital, que el plano de Garay señala contiguo á la cuadra de Mercedarios, trasladado á la huerta de Betlemitas, alejóse luego á la residencia de novicios de los jesuitas; pero si éstos se desprendieron bien pronto de los enfermos, no así del terreno, que recién á su expulsión reivindicó el Estado. Enajenada con posterioridad su parte inferior, poseyóla hasta 1831 D. Tomás Fair, á quien la compró el gobierno. Años después, Rozas hizo donación de ella al doctor Lahitte, compensando sus gestiones diplomáticas sobre Tarija, que no reivindicó, vendiéndola luego éste. Después de la caída del tirano sobrevino pleito de reivindicación entre la municipalidad, que sostiene ser primitiva dueña de cuanto dentro del municipio se encuentra, y el gobierno, á quien se le desconocía autorización para vender.

Este breve *litis*, que apenas cuenta medio siglo, le mencionamos sólo como dato ilustrativo en la celeridad de la justicia, que sigue y seguirá por los siglos, no obstante la aprobación judicial que del remate se hizo de esa barranca. Aquí, de donde salieron los últimos jesuitas, llegaron las primeras hermanas de Caridad, coincidencia como la de que, empezando por cementerio de sus primeros habitantes, se haya transformado en cuna de inocentes, donde exclamaciones y sonrisas infantiles borran de la memoria lamentos de los que tantos años sufrieron.

## II

En cuanto bajó á tierra el Sr. de Cevallos, dueño del buque y cargamento, como de otros dos más pequeños que navegaban en conserva, dejándoles anclados dentro del *Arroyo de las Canoas*, al pie de la barranca, en cabeza y descalzo subió, seguido de sus marineros, llevando el roto mástil á la capilla inmediata y arrodillándose á dar gracias por el milagroso salvamento. Consultando con el señor obispo la más pronta realización de su promesa, fué aconsejado que asociara su buena obra á la de los jesuitas, quienes, donándoles la imagen y limosnas ofrecidas, erigirían la iglesia votiva en esa residencia de sus novicios.

No terminada la construcción, fueron éstos expulsados, y muerto Cevallos á mitad de ella, aunque filántropos como D. Melchor de Tagle la proseguían, poco avanzaba de la primera nave de San José, hasta que fué nombrado síndico el Sr. D. Juan de Lezica y Torrezuri. Ese rico comerciante que al emprender viaje de regreso desde el Alto Perú, en la primera *Pascana* dobló su capital, pues en noche de trueno ganó á cuantos mineros allí pernoctaban barras, piñas, arrias, esclavos y muleteros, venía de fundar la iglesia en Yungas, reedificó en su tránsito la del Luján y concluyó aquí la de Santo Domingo. Fatigado por el trabajo, hallábase en su casa señorial de Filipinas, frente á esta última iglesia, cuando dedicó sus últimos años á la conclusión de San Telmo.

No fué el Seminario de *Regina Martyrum* la única piadosa fundación que recuerda la filantropía y virtudes de nuestro primer arzobispo y su familia tan benefactora, como D. Ignacio Bustillo Cevallos, el abuelo de la Sra. D.<sup>a</sup> María Gertrudis P. Cevallos, madre del doctor Escalada.

En 1797 se admitía por sus grandes beneficencias á esta iglesia al Sr. Sánchez Velazco, su esposa D.<sup>a</sup> María Magdalena Trillo y su hija María, en la Hermandad de San Pedro Telmo, á pedido del Regidor Fray Julián Perdiel y Superior provincial Manuel de Torres, de esta provincia de San Agustín, Orden de Predicadores, según el viejo pergamino sobre nuestra mesa; y un siglo después hemos tenido ocasión de encontrar allí una de las más devotas tataranietas de Sánchez y también del Sr. Lezica (la linda Teode), ejerciendo obras de caridad en el mismo sitio que sus antepasados elevaron la cruz que extiende sus brazos protegiendo á todos.

Y aunque en estas como en muchas otras obras pretendieron los jesuitas llevarse la palma, sólo pusieron jesuitas, y por breve tiempo. No

habían transcurrido veinte años cuando todos ellos naufragaron en tierra durante la noche del 3 de julio de 1767. El secretario del gobernador Bucarelli, Verlanga, el mayor González, D. Domingo Basavilbaso, su yerno D. Vicente Azcuénaga, el cajero del gobernador, D. Julián Espinosa y la compañía de granaderos del Fijo, bajo la más furiosa tormenta de agua y granizo, llegaron á llamar á la puerta de la Virgen de Betlem, é indicándoles caminito de su expulsión, quedaron en belén los buenos padres.

El Sr. de Cevallos donó la hermosa imagen de la Virgen y dineros para la iglesia de la promesa. El gobierno de Salcedo amplió terreno para ello. Contiguo al hospicio y su capilla, el Sr. Tagle hizo construir casa de ejercicios; luego el Sr. Lezica, benefactor tan especialista en obras pías, como Pinelli, autor de planos de todas las iglesias de su tiempo, la concluyó. Todavía el Sr. Sánchez Velazco con tan cuantiosas limosnas cooperó, que le nombraron síndico perpetuo. Pero he aquí como un jesuita cuenta á otro su mérito y servicios en la obra nacida por susto á un naufragio:

## III

«No podían los jesuitas del primitivo colegio acudir á todas partes, ni al *alto de San Pedro*, que una profunda zanja dejaba cortado.

»Acertó á llegar de Europa, en 1734, D. Ignacio de Cevallos, caballero montañés, vecino de Buenos Aires, trayendo una copia de la milagrosísima imagen de Nuestra Señora de Betlem que se venera en el hospital de Antón Martín en la corte de Madrid. Llegaba con designio de erigir una capilla en dicho *alto de San Pedro* en que colocarla, y fundar una capellanía para que auxiliara á los pobres. Aconsejóle el obispo que entregase la imagen á los jesuitas, quienes fundando en dicho sitio una residencia cumplirían el voto de Cevallos. Luego ellos le sugirieron que ofreciera una buena cantidad de dinero al contado, y otra mayor á su vuelta de España, adonde regresaba por las diligencias de su fundación. Solicitóse del obispo y del gobernador las licencias respectivas, donando ese gran solar de dos manzanas, y mientras se solicitaba del rey licencia para el colegio, fué erigido el hospicio. Escribieron á Su Majestad el gobernador Salcedo, el obispo Arregui y el Cabildo, de la ventaja del hospital, iglesia, colegio, concediéndose después de muchos trámites, por cédula del 17 de septiembre de 1746, que al hospicio se agregara un colegio.»

Pero la verdad es que la generosa piedad de D. Melchor de Tagle fué la que coronó la obra de munificencia del señor Cevallos, labrando á su

costa, contiguo al nuevo colegio, casa adecuada para ejercicios, y señalando fincas, cuyos alquileres costeaban los alimentos de ejercitantes.

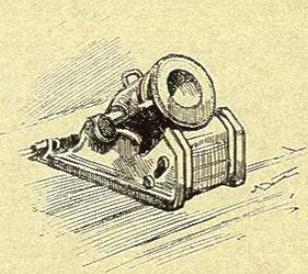
Justificado queda el título de esta tradición; la iglesia votiva que tuvo por origen un susto, aislada por las continuas inundaciones de terceros, amenazada por el desembarco de invasiones en el inmediato puerto, y víctima de incendio la nave primitiva de San José, todos los elementos obstaculizaron su ensanche, y ella, su manzana y barrio han pasado muchos años con el Jesús en la boca. Más de una generación vivió allí en continuo susto. El primer obús «Mangoré,» fundido en la sacristía, fué armado en batería sobre la cima de su barranca, temiéndose que atrajera el fuego de todas las escuadras, que arrasarían las casuchas diseminadas en sus laderas. El escape de más de un demente tapiadas tuvo puertas y ventanas muchas veces, y las repetidas fugas de criminales de los viejos claustros é inseguras prisiones (cárcel San Juan) dejaron sin una *blanca* á cuanta negra habitaba entre aquellos tugurios del bajo, viviendo blancos y negros pálidos de susto en susto, pues apenas hubo cólera, fiebre amarilla, epidemia ó peste alguna que no eligiera por foco aquel, de ninguna higiene, de locos, enfermos, presidiarios y pestilentes, en el mismo solar que la Caridad devuelve transformado en jardín de infantes.

Otra causa justificativa de la *iglesia del susto*, que continuamente inquietaba el barrio, fué el haber sido la primera á que se concedió «derecho de asilo.» Apenas hubo ladrón que no aprovechara de los que dormían á pierna suelta, con todo abierto, en largas siestas, para transportar sin la voluntad de su dueño cuanto á mano encontrara á los pajonales de la boca, y con frecuencia esos discípulos de Caco entraban atropellando perros y beatas madrugadoras que á la del alba concurrían, misa á que se veían obligados cuando la justicia venía pisándoles los talones. También continuos combates, bajo el simulado nombre de *elecciones*, tuvieron en sobresalto á los estudiantes de Medicina hasta el año del incendio, en que se le quemaron los libros al cura, por cual chamusquina todo mal nacido ó peor casado que dificultoso encuentra comprobación de partidas, declárase vecino de la parroquia, bautizado ó casado en época anterior á la desaparición de los libros parroquiales. Y en tan estrecho perímetro que espacio tuvo para tan múltiples instalaciones, lo hubo también para la fundición del primer obús por el ingeniero D. Angel de Monasterio. Antes que las doce Sibilas, colgadas hoy en la sacristía, presenciaran desde su alta galería las buenas obras de párrocos tan meritorios como el presbítero Fernández, víctima de su caridad durante la primera epidemia; el activo Flores, los ilustrados Duprat y Kiernan; en aquel recinto fué transformada en

obús la campana, rota de tanto repicar el primer día de gloria (12 de agosto de 1806), primera victoria del pueblo, en prevención del regreso de la escuadra española, cuyos buques bombardearon la ciudad en 1810.

Hoy la beneficencia transforma el antiguo *alto de San Pedro*, y hasta su viejo mercado se convierte en jardín: tan rápidamente prosperan en preparado terreno semillas de caridad caídas al pasar. Hasta la electricidad ilumina y aumenta el movimiento. Los tranvías subiendo y bajando continuamente las barrancas que limitan el viejo local historiado, llenan de vida y actividad barrio tan aislado ayer.

Los gentiles llegaron á deificar toda noble pasión, convirtiendo en semidiós al héroe que por ella descollaba. Así, al más fuerte denominaron Hércules; á la más bella, Venus; Marte al mejor guerrero; y levantaron templos á todas las virtudes: á la Piedad, la Clemencia, la Prudencia, á la Fortuna, la Esperanza, la Paz, la Concordia y la Victoria, y también á Belona y al Pavor. Bien que por aquellos tiempos que tradicionamos, el más redomado pícaro quería cancelar cuentas con su conciencia, elevando un templo, no al Hércules negro, Caco ó dios del robo, aunque sí con el producto de contrabandos; bajo esta consideración (edificaciones para ganarse la gloria), no es San Telmo la única *iglesia del susto*.



Mortero de fundición americana que existe en el fuerte